

## Estación de Canfranc, Casablanca a la española

Dos documentales recuperan la importancia de la estación de tren durante la Segunda Guerra Mundial como lugar de escape de judíos y epicentro de una gran red de espías

GREGORIO BELINCHÓN | Madrid | 13 DIC 2013 - 19:50 CET

17

**Archivado en:** Juan Pujol García Canfranc Aliados Documental Provincia Huesca Fuerzas internacionales Aragón Nazismo Segunda Guerra Mundial  
Ultraderecha España Historia contemporánea Ideologías Cine Historia Defensa Cultura

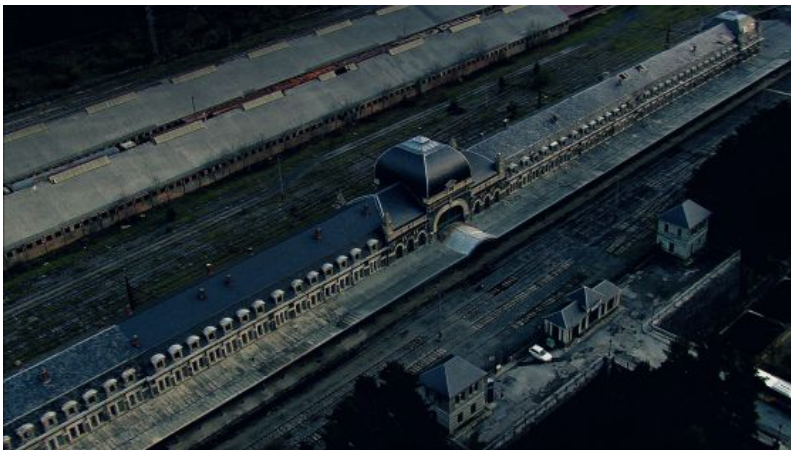


Imagen de la estación internacional de ferrocarril de Canfranc.

Había espías aliados. Había informadores alemanes, oficiales de la Gestapo, chivatos para la Francia colaboracionista de Petain y policías locales. Había bares, repletos de humo de cigarrillos, siseos furtivos y miradas cruzadas, donde la gente se reunía a la búsqueda de información o de falsos pasaportes para cruzar la frontera. La ciudad era un hervidero de contrabandistas —como nudo de tráfico de mercancías importante en plena II Guerra Mundial— y a la sombra de aquellos movimientos se

escondía un personaje legendario, un tipo con encanto que caía bien a todos y que gracias a ese *savoir faire* pudo mover los hilos de una intrincada red de espionaje. “No le gustaron las grandes ciudades. Tampoco el tener jefes, ni la burocracia. Era un hombre de acción, buscaba los destinos en los cuales guardase su independencia y, al mismo tiempo, “el sitio fuera excitante”, recuerda su nieto.

Dicho así, cualquiera diría: “Es Casablanca, vi la película”. No, la *Casablanca* de ficción tuvo un reflejo en la realidad, y **ese fue Canfranc**, la estación internacional de ferrocarril, el paso más transitado en el Pirineo Central de Huesca. Durante la II Guerra Mundial fue un paso estratégico de mercancías entre España y Alemania: alimentos, wolframio, acero... Y 86 toneladas germanas de oro requisado, 12 de las cuales se las quedó el gobierno de Franco. El personaje mítico era Albert Le Lay, el jefe de la aduana francesa, que



Pasaporte de Albert Le Lay

subrepticamente coló a centenares de judíos que huían del horror nazi, entre ellos artistas como Max Ernst o Marc Chagall. Joséphine Baker —casada con un francés judío— también cruzó la frontera por Canfranc, aunque en su caso decidió hacerlo a lo grande, llamando a la prensa para que ni un policía se atreviera a tocar a ella o a su marido delante de los periodistas. Ahora, dos documentales recuperan aquellos tiempos turbios repletos de héroes anónimos. El primero, *El rey de Canfranc*, de Manuel Priede y José Antonio Blanco, ilustra la increíble vida de Le Lay, figura de la resistencia francesa, que incluso rechazó la propuesta de De Gaulle de dirigir un ministerio. En el segundo, *Juego de espías*, de Germán Roda y **Ramón J. Campo (el periodista que más ha investigado sobre esta historia)**, Le Lay es un personaje secundario, una pieza más de la red de espías que el Servicio de Inteligencia Británico montó, usando como centro ese paso fronterizo, para recopilar e intercambiar información, y que formaron vascos, aragoneses y franceses: la información iba semanalmente desde Canfranc pasando por Zaragoza hasta San Sebastián para llevar los mensajes al consulado inglés de la capital donostiarra que cada lunes los remitía por valija

diplomática a Madrid. Treinta de los participantes fueron detenidos en abril de 1942, y juzgados y condenados por un tribunal especial.

## No solo Garbo

En los últimos años varios filmes y publicaciones están indagando en la participación de españoles en la Segunda Guerra Mundial, mucho más importante de lo que se creía, y que los mismos protagonistas silenciaron durante décadas. Más allá de [Juan Pujol, el espía conocido como Garbo](#) —hay varios libros sobre su figura y un excelente documental, *Garbo. El espía*, de Edmond Roch— y que engañó a los alemanes sobre el lugar del desembarco aliado en Europa, hay un sinfín de historias que empiezan a aparecer según se abren los archivos. Como la importancia de la Novena, la división formada por españoles exiliados y que, bajo el mando del general Leclerc, fueron los primeros soldados aliados en pisar el París liberado, aventura que cuenta Paco Roca en su cómic *Los surcos del azar*. Y la estación de Canfranc (que cerró en 1970) aún esconde más secretos.



Portada del sumario judicial contra treinta espías detenidos en 1942.

José Antonio Blanco saca de su mochila un cuaderno escolar. Ahí está el minucioso registro de Le Lay de su puño y letra, con las donaciones que le hacen los refugiados. “Fuimos tirando del hilo, llegamos a su nieto y él nos abrió la puerta de su familia. Le Lay es fascinante por las múltiples redes que teje, su capacidad para contactar con todo tipo de gente. Él llega en 1940, cuando en ese corredor central aún no hay nazis. Pronto llegarán hasta allí, y él torea a la Gestapo una y otra vez. Y tiene ideas arriesgadísimas, como apagar la luz de toda la estación de repente para pasar a un grupo de personas”. El jefe de aduanas dormía de once a tres de la mañana, porque a esa hora empezaba la producción de pasaportes falsos y bocardillos para los refugiados. “Una de sus grandes frases era: ‘Aquí ni las paredes hablan’. Involucra en sus acciones a gente como una joven llamada Lola Pardo —habla en ambos filmes— que es correo de información secreta... y novia de un guardia civil. Ella nunca quiso ver los papeles que llevaba semanalmente a Zaragoza”. Blanco encontró viva una refugiada judía que pasó la frontera escondida en un tren por Le Lay: su apellido sale en el libro de cuentas, confirmando la veracidad del documento. “Le Lay acaba huyendo por los pelos, sigue en la resistencia como líder y cuando acaba la guerra —tras recibir todo tipo de honores— se retira en San Juan de Luz. Pidió silencio sepulcral a su familia sobre sus hazañas”.

[En Juego de espías](#), Germán Roda y Ramón J. Campo —el periodista que descubrió los papeles del oro de Canfranc— siguen ese viaje, el de los documentos que lleva en tren Lola Pardo hasta Zaragoza y de ahí al consulado inglés en San Sebastián. “Emilio Astier es nieto de Juan Astier, un aduanero que forma parte de esa trama y que acabó detenido, juzgado y condenado, con otros 17 de sus compañeros. Emilio fue quien reclamó y encontró el sumario judicial del caso”, recuerda Roda. “Nos interesaba esa historia de abuelos silentes, padres que no conocen y nietos que quieren saber, que ocurre en casi todas esas familias”. La red está formada no solo por gente de izquierdas, sino por monárquicos, falangistas, españoles, franceses... Y viven constantes peligros, ayudando a los aliados a concretar el número de las fuerzas fascistas en el sur de Europa. Roda cuenta: “Es una historia más allá de las personas, sino de ideas, en donde los españoles son los más idealistas, porque esa guerra ni les va ni les viene”.